

Viejos son los trapos – Parte I

“Vidal, héroe que no ignora las debilidades, enfrenta con dignidad y coraje ese misterioso compromiso que nos incumbe a todos: el de vivir”

Lic. Marta Verónica Zubowicz
MN.N* 42892

En una reunión con colegas nos llamó la atención el aumento de demanda de tratamiento de los adultos mayores en estos últimos años, hecho que nos llevó a reflexionar sobre la problemática que atraviesa esta franja etaria en la actualidad y sobre los espacios posibles que les ofrecemos cómo psicólogos; particularmente cuando nos encontramos con un hecho bastante inédito que consiste en la existencia simultánea de dos generaciones de ancianos, situación, que dado el avance científico hace presumir que aumentará en los próximos años.

Según la Organización Mundial para la Salud se espera para el año 2050 una población de 2000 millones de personas mayores de 60 años, un aumento de 900 millones con respecto al 2015 y de 1400 millones en relación al año 2000.

A principio de la década de los 80 la esperanza de vida se encontraba en un promedio de 70 años de edad, lo cual significaba, considerando que hayan sido padres a los 25 o 30 años aproximadamente, que los hijos al momento del fallecimiento de sus padres tendrían entre 35 y 40 años. Hoy la población anciana supera ese número llegando en muchos casos a los 100 años y los hijos suelen tener entre 70 y 75 años, edad muy

difícil para hacerse cargo de sus padres añosos porque ellos también los son.

Viñeta

Adela es viuda y está próxima a cumplir 96 años. Vive en su casa acompañada de su hijo mayor. Es una persona muy activa aunque con las limitaciones típicas de la edad. Prácticamente no camina y sufre de dolores que por momentos, ella describe como “insoportables”. Fuera de ello participa en reuniones sociales y en campeonatos de juegos de cartas.

Adela tuvo cinco hijos, el primero de ellos a los 15 años. Dos de ellos fallecieron. Oscar, quien convive con ella, tiene 81 años; es viudo, tiene dos hijos y 4 nietos. De sus otras dos hijas, Eva tiene 76, está casada y tiene tres hijos y Marita de 73 años, viuda y sin hijos.

Los hijos se plantean el cuidado materno, Eva propone la internación en un geriátrico, Oscar dice que no se lo puede permitir por cuestiones económicas y de conciencia; mientras que Marita apoyará cualquier decisión que tomen.

Los ancianos necesitan de cuidados que a veces los hijos no quieren o no pueden prestar. Hay familias que llegan a un acuerdo al respecto y otras en que la situación las supera sumergiéndolas en crisis profundas que hacen peligrar su vida psíquica y física.

No siempre se está preparado a asumir responsabilidades sobre la vida de los padres y hay veces en que los padres no quieren relegar su lugar de poder resistiéndose a ser reemplazados en la toma de decisiones.

Estos hijos, de edad avanzada también, se ven enfrentados a diferentes conflictos: por un lado cargan con el deber de cuidarlos o la culpa si piensan que los “abandonan” internándolos en un geriátrico; por el otro se enfrentan a la vejez de sus padres al mismo tiempo que a la suya propia.

Toda la situación está, además, sesgada por el prejuicio contra “los viejos” al cual Salvarezza, citando a Butler, llama “viejismo”: *“El viejismo, el prejuicio de un grupo contra otro, se aplica principalmente al prejuicio de la gente joven hacia la gente vieja. Subyace al viejismo el espantoso miedo y pavor a envejecer, y por lo tanto el deseo de distanciarnos de las personas mayores que constituyen un retrato posible de nosotros mismos en el futuro”*¹

Un escenario, por demás crítico, que nos reta, como psicólogos, a evaluar una problemática social, cultural y profesional que nos invita a trabajar contra los prejuicios hacia los viejos y con la idea generalizada de asociar la vejez a las enfermedades y a la decadencia.

Estamos ante la presencia de un acontecimiento paradójico en el que por un lado se excluye a los viejos de muchos ámbitos, como una forma de negar la vejez:

lo que no está no existe; y por el otro se les exige a las personas mayores más allá de sus posibilidades pretendiendo que vivan como si fueran jóvenes (“Viejos son los trapos”). El problema es que muchos viejos intentan asumir esta posición poniendo en riesgo su vida para probar y probarse que “todavía pueden” quedando expuestos a la frustración y a la desilusión.

En la actualidad las personas mayores gozan de una importante independencia que les permite tomar decisiones sobre su vida socioeconómica y su salud. Buscan y encuentran espacios recreativos, viajan con sus parejas y se reúnen con amigos. Mantienen una vida lo suficientemente autónoma como para no sentirse una carga para sus familiares. Pero esto no siempre es así; un factor fundamental que impulsa o impide esta forma de vida es el económico, otro factor es el deterioro de la salud; ambos factores confluyen a la hora de decidir sobre su propio futuro en donde la dependencia y la vulnerabilidad se acrecientan y deben solicitar cuidados que solos no pueden procurarse.

Desde la psicología la idea es ayudar tanto a los viejos como a los familiares en la asunción de ésta nueva etapa. Es importante que la familia sepa como acompañar este proceso sin invadir y sin sentirse invadidos o sobrepasados. Intentando que los viejos continúen, en la medida de sus posibilidades, decidiendo por ellos y por sus cosas y que los hijos acepten las limitaciones de sus padres como así también las propias, no siempre pueden los hijos, a veces abrumados por múltiples tareas que impone la sociedad actual, ser los cuidadores de sus padres.

Distintos fueron otras épocas en las que la familia ampliada compartía las responsabilidades y se dividían las tareas. En líneas generales las mujeres no

trabajaban fuera de sus casas y madres, hermanas, suegras y cuñadas se hacían cargo indistintamente de los niños y de los ancianos. Esto fue cambiando a través del tiempo en el que va conformándose la familia nuclear y en donde las mujeres conquistan un espacio laboral que impone nuevas instituciones: Las guarderías para bebés pasan a ser jardines maternos; los asilos de ancianos, hogares para la tercera edad o residencia para adultos mayores.

¿Cómo incorporar la idea de institucionalizar a los padres? ¿Cómo dejar de ver en una residencia para adultos mayores el viejo asilo de ancianos que funcionaba como depósito de viejos en el que los hijos que abandonaban a sus padres eran rechazados y criticados por familiares y allegados e incluso por la sociedad?

¿Cómo tomar la decisión cuando tantas variables están en juego?

¿Pueden los viejos vivir solos? ¿Es adecuado contratarles personal para que los cuiden en su casa o es conveniente que los hijos se los lleven a vivir con ellos? ¿Es mejor institucionalizarlos?

Un conflicto que involucra a todos los miembros de la familia, incluso al propio viejo, es el momento de tomar decisiones e intentar que la culpa no los inhiba o no los derrumbe.

Es parte de nuestra tarea como profesionales de la salud mental ayudar a los familiares a tomar la decisión más conveniente sin que los atormente la culpa o el temor a ser criticados.

No siempre los familiares están abiertos a los argumentos profesionales con respecto a la

institucionalización de los viejos, pero es indispensable que tomen conciencia que ellos mismos están poniendo su salud física y psíquica en riesgo, ayudarlos a entender que la responsabilidad y el compromiso familiar no se termina porque no sean ellos los encargados directos del cuidado, sino que simplemente es delegar el trabajo que ya no se puede asumir a personas idóneas.

Cuando la situación los supera se hace necesario buscar soluciones alternativas, la institucionalización puede ser un buen recurso, incluso para el anciano ya que necesita de cuidados especiales que los hijos no siempre pueden aportar.

Los hogares para la tercera edad son instituciones colectivas que albergan a personas mayores brindándoles alimentación, hospedaje y atención de las necesidades en un ambiente adecuado.

Aún existe una imagen generalizada de las residencias para adultos mayores en las que se maltratan a los mismos. Si bien es cierto que han existido, quizás todavía existan, hogares de ancianos que fueron clausurados por ejercer violencia y descuidos hacia los viejos, hoy no es lo habitual.

Aunque muchas personas mayores ven a la institucionalización como una pérdida de libertad, un lugar donde se los estandariza y pasan a ser uno más del montón, muchos otros eligen las residencias, no sólo para no ser una carga para sus familiares sino porque allí encuentran un espacio compartido con pares que les permite relacionarse socialmente sin necesidad de que pierdan su identidad y su autonomía.

ⁱ Adolfo Bioy Casares. Diario de la guerra del cerdo. Editorial Planeta. Síntesis contratapa. 2001

ⁱⁱ Leopoldo Salvarezza (compilador) El envejecimiento. Psiquis, poder y tiempo. Eudeba 2001. Pág. 21